

buenos, á los adversarios de aquesta Patria, á los saqueadores de Italia, y finalmente á los que para nos destruir hicieron entre sí una nefaria liga y monipodio de sus maldades.

FIN DE LA ORACION PRIMERA.

ORA-

## ORACION SEGUNDA

DE CICERON

CONTRA LUCIO CATILINA,

RECITADA Á LOS QUIRITES.

**A**L fin, ó Quirites, á aquel Lucio Catilina, que con un atrevimiento furioso, resollaba siempre maldades, acarreaba pestilencia impiamente á la patria, y os amenazaba con hierro y con llamas á vosotros y á esta Ciudad, echamosle, ó enviamosle de ella, ú desde lexos, quando se iba le seguimos y acompañamos. Fuese, salióse, rompió por en medio de todos, y escabullóse. Ninguna destruccion ya dentro de nuestros muros se les puede recrecer de este monstruo y siniestro agüero á los mismos muros. Ansi que vencimos sin controversia ó contraste alguno, al singular Capitan de esta guerra doméstica. No andará ya aquella daga mas entre nuestros costados; ni en el Campo Marcio, ni en la plaza, ni en el Senado, ni en

qq

nues-



nuestras casas estarémos cargados de miedo. Ya mudó hito, el día que fue echado de la Ciudad. Ya podremos, como á enemigo, hacerle justa guerra muy á la descubierta. Sin duda echámosle del todo á perder, y vencímosle manifestamente, quando de aquellas sus traiciones secretas le arrojamos á públicos latrocinios y robos. ¿Qué dolor, qué congoja y tristeza pensais debe ser ahora la suya de ver que no llevó aquel puñal muy ensangrentado, ansi como deseaba? ¿que se salió dexandonos vivos á todos? ¿que le arrebatamos el hierro de entre las manos? y finalmente, ¿que dexó salvos los ciudadanos, y la Ciudad en pie? Caido está y tendido por tierra, el desventurado; ya se siente opreso, y muy abatido; y vuelve muchas veces los ojos á esta Ciudad, y llora de que ansi se la háyamos arrebatado de entre los dientes; la qual me parece que no cabe en sí de placer de haber bomitado, y echado lexos de sí una tan gran pestilencia. Pero si alguno se halla tal, quales debrian ser todos, que en esto mismo, en lo qual mi oracion muestra gran gozo y triunfo, gravemente me acuse de no ha-

haber aprehendido un tal capital enemigo, mas antes que enviadole; esta culpa, Quirites, no es mia, sino de aquestos tiempos. Yo confieso que convenia mucho há ser Lucio Catilina ya muerto, y castigado con un castigo exemplar; lo qual me pedia la costumbre de los mayores, la severidad de este Imperio, y la República toda. ¿Mas cuántos pensais que habia que no creyesen lo que yo contra él presentaba? ¿cuántos que de pura necedad no pensasen ser ansi como yo referia? ¿cuántos que defendiesen su causa? ¿cuántos que con ánimo maligno y perverso le diesen favor y ayuda? Y aun con todo esto, si yo juzgára que muerto él se apartára de nosotros todo el peligro y daño, ya há mucho que á Lucio Catilina le hubiera sacado de entre los vivos, puesto que me sometiera á peligro no de envidia tan solamente, pero tambien de la vida. Mas viendo que sino siendo aun el negocio aprobado de todos vosotros, le daba la muerte que merecia, no podría yo despues, oprimido del ódio é indignacion, perseguir á sus enemigos, traxe la cosa á estos terminos, para que pudiesedes contra él pelear á



la clara, viendole ya enemigo muy descubierto. El qual enemigo nuestro quanto piense yo que deba ser temido, mientras anda por allá fuera, de aqui lo podreis juzgar que me pesa infinito, de ver que salió mal acompañado; y pluguiera á Dios que sacára juntamente consigo toda su compañía. Llévome todavía á (a) Tongilo, al qual habia comenzado á amar siendo niño, y esto no sin gran vituperio. Llevó tambien á Publicio, y Munacio, cuyas deudas registradas por las tabernas y bodegones, no podian acarrear á la República miedo. Pero qué varones haya dexado acá, quán cargados de deudas, quán fuertes y poderosos, y finalmente quán nobles, veislo muy bien vosotros. De aquel su exercito, pues, congregado así de las legiones Francesas, y de la gente que tuvo Quinto Metelo en el Campo Picens y Gálico, como de estas ordinarias quadrillas, que nosotros cada dia juntamos, yo no hago caso ninguno; visto que es hecho de viejos desesperados, de luxuriosos salvages, de brústicos mendicantes, de hombres que se engullen lo

(a) Otros leen Longilo.

suyo y lo ageno; y finalmente de tan honradas personas, que tuvieron por mejor faltar á los plazos y acreedores que al tal exercito; á los quales soy cierto se les caerá luego el ánimo, en mostrandoles yo no solamente la haz de nuestra gente de guerra, pero aun solo el edicto pretorio. Mas á estos que veo andar por las plazas casi en el ayre, asistir en las Audiencias, y venir tambien al Senado todos perfumaditos, vestidos de purpura y rutilantes, á estos, á estos holgára yo mucho mas que se los llevára Catilina por soldados consigo. Los quales si aqui se quedan, acordaos que nos habremos de recelar y temer, no tanto de aquel exercito, quanto de los que le desampararon. Los quales por esta causa son mucho mas de temer, que aunque saben que yo entiendo todos sus pensamientos, ninguna cosa se alteran. Veo á quien cupo por suerte Apulia; quien es el que posee la Toscana; quien el campo Picens; quien el Gálico; y finalmente quien es el que pidió se dexase á su cargo la ocision de los ciudadanos y el incendio de la Ciudad. Ya saben que me fueron declarados



todos sus consejos de la otra noche, lo qual todo ayer expuse al Senado: por donde Catilina se huyó temiendo. ¿Qué es, pues, lo que estos esperan? Porque si piensan que aquella mi blandura y mansedumbre pasada, tiene de durar para siempre, viven por cierto muy engañados. Ya yo salí con aquello que pretendia, que era daros á vosotros todos palpablemente á entender como era hecha una grave conjuracion contra la República; salvo si alguno no cree que los semejantes á Catilina, fuesen de la misma sentencia con él. No hay ya lugar á clemencia; el negocio pide severidad. Solamente les concederémos esto: que salgan fuera, que se vayan, y que no permitan que el desventurado de Catilina se consuma con su deseo, esperandolos. Ea, yo les quiero mostrar el camino. La via Aurelia siguió; y si quieren apresurar los pasos, le alcanzarán á la tarde. ¡O bienaventurada República si hubiere una vez echado de la Ciudad toda esta infeccion: que en haber sido solo Catilina alanzado de ella, me parece estar la República ya con grande alivio recreada. ¿Qué bellaqueria ó mal-

maldad se puede imaginar ó fingir, la qual él no tenga ya concebida? ¿Qué mezclador de venenos puede hallarse en Italia toda, qué esgrimidor ú desuella caras, qué salteador de caminos, qué matador, qué parricida, qué falsificador de mandas y testamentos, qué embaydor, qué feligrés de tabernas y bodegones, qué disipador de bienes, qué adúltero, qué infame muger, que corruptor de la juventud; y por decirlo en suma, qué hombre corrupto y perdido, el qual no confiese que vivió con Catilina familiarísimamente? ¿Qué homicidio se hizo en estos años sin él? ¿Qué nefario estupro se perpetró sin su intervencion? Ultra lo susodicho, ¿qué hombre jamás regaló y acarició con halagos tanto la juventud, como éste? El qual á unos amaba muy torpemente; y al amor de otros holgaba de complacer, todo hirviendo en luxuria. A unos prometia el fruto de sus torpes concupiscencias; y á otros las muertes de sus propios padres, ofreciendose no solo á incitar á otros para que los matasen, pero tambien á ayudarlos. Con las quales mañas es cosa de no creer, quán sú-



bito no solamente de la Ciudad, pero tambien de la campiña universal, congregó á sí un gran numero de hombres perdidos; porque ningun hombre hubo cargado de deudas, no solamente en Roma, pero ni en ninguna otra parte ó rincon de Italia, el qual no atraxese luego á esta increíble y malvada conjuración. Y para que podais entender sus diversos ejercicios y estudios en cosa desemejante, no se halla hombre en todo el juego de esgrima, el qual sea un poco mas osado que otros para emprender hazañas malvadas, que no se haga íntimo amigo de Catilina; ni entre los que representan comedias se halló alguno de los que en liviandad y bellaqueria sobrepujan á todos los otros, que no afirmase haber sido quasi compañero del mismo. El qual varon excelente habiendose ya acostumbrado con el exercicio asídúo de sus maldades y estupro, á tolerar frio, hambre, sed, y falta de sueño, vino á ser llamado fuerte de estos sus compañeros, por haber consumido y gastado los reparos de la industria, é instrumentos de la virtud, en luxuria y atrevimiento. Si á este, pues, siguieren sus amigos

gos y compañeros, si se salieren de la Ciudad las quadrillas perversas de estos hombres desesperados: O bienaventurados nosotros! ó fortunada República! ó esclarecida gloria de mi consulado! No tienen ya modo ni medio sus apetitos desenfrenados; ni sus osadas son humanas ó tolerables; y visto que no piensan en otra cosa sino en crueles matanzas; ni en otra, sino en incendios; ni en otra, sino en rapiñas y robos. Porque como hayan disipado sus patrimonios, y engullidose todos sus bienes, de muchos años atrás les comenzó á faltar la hacienda, y de poco acá el credito; de manera que les queda solamente aquella misma ambicion y locura que tenían en su prosperidad y abundancia. Y aun con todo eso, si en aquella borrachéz y tahureria no pretendiesen otro sino darse á banquetes y á ramerías infames, tendríamoslos por hombres desauiciados, pero por tolerables. Mas quién es el que pueda sufrir aquesto, que los haraganes y para poco, procuren quitar las vidas á los fortísimos; á los faltos de juicio y de entendimiento; á los prudentísimos; y los borrachos, á los templados y sóbrios; y finalmente



nalmente los dormilones, á los despiertos y vigilantes? Los quales estando alguna vez sentados cerca de mí en los convites, abrazados con disolutas mugeres, derribados del mucho vino, cargados y oprimidos de la vianda, coronados de ciertas guirnaldas, perfumados con olores y ungüentos, y finalmente debilitados de los estupros, suelen entre sus pláticas regoldar la matanza de todos los buenos, y el incendio de la Ciudad. Mas yo espero en Dios, que les está aparejado su triste hado; y que las penas de luengo tiempo á su bellaqueria y maldad, á su disolucion y luxuria debidas, ó ya son llegadas para los castigar, ó tardarán muy poco. Los quales si mi consulado quitare de enmedio de entre vosotros, pues no los puede sanar, acrecentará no un breve no sé qué tiempo, sino muchos siglos á la República. No hay Nacion que temamos, no hay Rey que al Pueblo Romano pueda jamás hacer guerra. Por la virtud de uno solo, todas las guerras externas, ansi terrestres como navales, son ya muertas y apaciguadas. Solamente nos queda esta guerra doméstica; dentro tenemos las asechan-

zas, dentro todo el peligro, dentro el enemigo encerrado; contra la luxuria, contra la locura y contra la iniquidad es menester que tomemos armas; para la qual batalla me ofrezco por vuestro Capitan, ó Quirites, tomando sobre mí las enemistades de estos hombres perdidos. Todas aquellas cosas que pudieren recibir medicina, procuraré sanarlas por qualquier medio; mas las que cumple se corten, no permitiré que queden para daño y ruina de la República. Por eso, ó váyanse, ó estén sosegados, ó si quieren estar aquí en la Ciudad, y persistir en el mismo proposito, esperen lo que merecen. Hay algunos que digan, Quirites, haber sido Catilina echado de mí al destierro; (b) lo qual si yo decir les oyese, á ellos mismos les enviaria en destierro. Por cierto, Catilina, siendo un hombre temeroso y modesto, no pudo sufrir la voz severa del Consul, y así obedeció luego en mandandole que se fuese al destierro. ¿Qué dirán á esto, que ayer habiendo sido quasi muerto en mi casa, congregué el Senado en el templo de Júpiter, Presidente nuestro, y conté todo el negocio á los Padres

Cons-

(b) Esto va dicho irónicamente.